

llamaba semigalos a los mejores escritores de su época. Nada más divertido que el *Diccionario de galicismos*, de Baralt (Madrid, 1906), en donde los más familiares giros de España están condenados por su origen sospechoso.

El pueblo, como el negro, continúa. ¡Y qué hacerle! Fuimos amos del mundo; es decir, que habiendo vivido en todas partes, dejamos o adquirimos palabras y giros por donde pasaban nuestras lanzas. La belleza de la lengua española proviene de tal universalidad. Lengua sonora que sirviera primero y durante mucho tiempo para cantar hazañas (por eso conserva son de címbalos); lengua elegante que los eruditos de la Iglesia han relatinizado (recordad que Góngora era sacerdote); lengua enriquecida por navegantes católicos y soldados analfabetos y pobres diablos que se marchaban en busca de aventuras, volviendo siempre con su sonrisa de Diógenes marrulleros.

¡Qué fortuna fabulosa de experiencia y de voces! ¡Y cómo distinguir lo que es puro y espontáneo cuando dos siglos acumulan la riqueza humana que heredamos! Pero el más grande imperio, después de Roma, ha sangrado por todos los caminos del mundo. Poco a poco nada le resta sino el orgullo, con el recuerdo del vértigo y una lengua universal que quisiera clausurar en el Museo de la Armería.

Aquí también la política interviene: un país próspero no tiene recelo alguno de traer en sus navíos materias preciosas y nuevas palabras; un pueblo empobrecido y fatigado cierra sus fronteras a toda importación humana. Véase la prueba en los *Manuales* que exaltan las cualidades del lenguaje. En su *Diálogo de la Lengua española*, Juan de Valdés quiere aceptar todas las novedades. En la aurora del siglo XIX, una armada de gramáticos que maneja la férula académica se atrinchera en los Pirineos para atajar la invasión lingüística. Voy a resumir los argumentos de libros como el *Fundamento del vigor y elegancia de la lengua castellana* (Madrid, 1791), de Gregorio Garcés; las *Observaciones críticas sobre la excelencia de la lengua castellana*, de Juan Pablo Forner, etc.

Muy netamente, y con oportunidad, Valdés acusa de error a los «latinizantes» que no quieren escribir en español, porque no es todavía una lengua distinguida y a los que complican el decir de todo el mundo. Le chocan las «frías afectaciones del *Amadís de Gaula*, como el estilo de Juan de Mena, que, queriendo parecer «docto», «cae en la oscuridad y en lo afectado». *La Celestina* es su libro de cabecera. Desea «enriquecer el lenguaje que ha chupado en los senos de su madre», «aprovechándose de lo que encuentra en otras lenguas con las cuales la mía tiene alguna similitud». Quiere escribir como habla, sean o no distinguidas las palabras. Las voces españolas que expresan cosas de la vida diaria no provienen del latín; las que «expresan las cosas viles y plebeyas, provienen del árabe»; las emplea todas, sin preocuparse de las reglas de los hombres *bien hablados*, que son, a veces, sea ello dicho de paso y con pesar, grandes escritores del Siglo de Oro. He aquí un magnífico programa digno de ser reasumido, en su plenitud: libertad de expresión y de neologismo, simplicidad popular, claridad española. «Lo que tenemos de más castellano—dice Valdés—son los *refranes*», inventados por Zutano y Mengano.

Todo se ha transformado algunos siglos más tarde. En el siglo XVIII nace un orgullo legítimo y peligroso. Leamos los estudios de la época y los delirios de los gramáticos. Se cita a D'Alembert, que no está lejos de considerar el español «como la más armoniosa de las lenguas vivas», por su «feliz mezcla de vocales y de consonantes dulces y sonoras»; se cita a Rivarol, que recuerda todo lo que la literatura del tiempo de Corneille debe a España. Lo que significa, para el buen casticista, una prohibición absoluta de modificar tan perfecto clavicordio. «Era el mejor

instrumento que conocía Europa—dice Forner—para verter dignamente los pensamientos dignos»; ninguna otra lengua puede igualarla en «nobleza, armonía y majestad». Sus defectos mismos, digamos sus peligros, son motivo de orgullo. Se nos elogia por encima de todo la libertad de la sintaxis, y Garcés exhibe triunfalmente estas imprudentes palabras de Fenelón: «La lengua francesa no se atreve a proceder sino según el método más escrupuloso y más uniforme de la gramática. Siempre se ve venir un nominativo sustantivo que trae su adjetivo como de la mano. Su verbo no deja nunca de venir detrás, seguido de un adverbio que no soporta nada entre ellos dos y el régimen llama inmediatamente un acusativo que no puede nunca cambiarse de lugar. Es lo que excluye toda suspensión del espíritu, toda sorpresa, toda variedad y a menudo toda cadencia magnífica» (1). En comparación con tal pobreza, nuestros doctrinarios ostentan la colocación «graciosa y variada» de las palabras de la lengua española, el recitar «noble y lento» del Siglo de Oro (Garcés.) «Los escritos que dieron los reinados de Fernando el Católico, Carlos V y Felipe II—dice Forner—manifiestan un carácter grave, robusto y natural; las cláusulas caminan con una especie de reposo severo; la estructura de los períodos es lenta y noble.»

«¿No es la lengua francesa—dice Capmany—la más rigurosa en sus reglas y la más uniforme en su sintaxis?» Considera «tímido e infantil» el orden invariable de las palabras en la frase, y le llama «una esclavitud gramatical». La calidad más esencial a la perfección de nuestra lengua es, por lo contrario, «aquella peculiar libertad de la construcción con que huye de las repeticiones y monotonía sin violentar su índole». «¡El mecanismo de nuestra lengua—exclama Forner—es más bello, más elocuente, más suelto que el del monotonísimo y sequísimo dialecto francés!» Sin duda Mallarmé habría firmado estas condenaciones de la sintaxis, puesto que en Francia se abusó de la línea recta; entre nosotros fué la transposición forzada de la frase lo peligroso y corriente.

Podría aumentar las citas (2). ¿Para qué? No he de ser yo quien rehuse, querido maestro, a mi propia lengua la ductibilidad que permite colocar el adjetivo antes o después del sustantivo, el sujeto después del verbo, el verbo

(1) Fenelón, *Lettre a l'Académie Française*, art. v.

(2) En más amplio estudio será preciso analizar la curiosísima obra titulada: *Declamación contra los abusos introducidos en el castellano, presentada y no premiada en la Academia Española, año de 1791. Siguela una disertación sobre la lengua castellana, y la antecede un diálogo que explica el designio de la obra*. Madrid, MDCCXCIII. (Atribuida a Don José de Vargas y Ponce.)

Pocos estudios sobre la Historia y vicisitudes del lenguaje me parecen más medulares. Si entre los abusos que causan, según el autor, la perversión de la lengua menciona injustamente, «la introducción y rápida fortuna del francés», se da cuenta, por otra parte, de los peligros de «un estilo que huele a rancio». Si quiere presentar el castellano con «toda la pompa de su antigua majestad», si llama a nuestro idioma «el de mayor majestad y armonía entre los vivos de Europa», confiesa la fuerza de su origen plebeyo y la amplitud de su deuda a otras lenguas. Traza la historia de aquel lenguaje autóctono, mezcla extraña de árabe local y de latín decadente que había «empezado a tartamudear bajo los jueces de Castilla» hasta «extenderse victorioso por Europa para conquistar y traer a su servicio cuantos vocablos pudieron convenirle; y al modo que los arcos triunfales se adornan de los despojos exquisitos de las provincias sujetas y de los enemigos, el idioma español se hizo de preseas de otros idiomas». ¿Cómo expresar mejor los derechos del neologista? Pues ¿quién ha hablado con mayor talento de la «claridad genial del idioma», de la cadencia «empalagosamente dulce» de ciertos escritores, de las «metáforas extravagantes», de los «tumores de la imaginación» de la «obscuridad enigmática», de todo lo que no es «castellano derecho»?

Sus observaciones sobre la rima, la plenisonancia del consonante, inventada por los hombres del Norte, cuya oreja es más ruda que la del hombre latino, podrían llevar la firma de cualquier versolibrista de hoy. «También tiene su música la prosa», escribe nuestro curioso autor en 1793. Un siglo después tuvo que probar esto audazmente la generación de 1898.